

EL MUNDO

Domingo, 22 de mayo de 2005. Año XVII. Número: 5.640.

CULTURA

Berlín reabre su Academia de las Artes

La sede de la vanguardia literaria y artística de la República de Weimar ha estado cerrada durante 70 años

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

BERLÍN.- Si las instituciones berlinesas pudieran hablar, nos contarían la esquizofrenia histórica a la que se vieron sometidas durante el último siglo. Una de ellas es la Academia de las Artes, que tras 10 años de agrias polémicas volvió a abrir ayer sus puertas en la Plaza de París, a tiro de piedra de la Puerta de Brandeburgo. Con la reunificación de las dos academias, la occidental y la oriental, en 1993 se dio un primer paso hacia la reconciliación histórica.

Con el regreso al emplazamiento en que hace 70 años se reunía la vanguardia literaria y artística germanas, se cierra el círculo en una «Alemania que no quiere olvidar su Historia, sino convivir con ella». En estos términos presentaba el presidente de la Academia, el autor suizo Adolf Muschg, este proyecto a un grupo de periodistas extranjeros. «La Alemania de la que se tiene miedo ya no existe y prueba de ello es que la Academia de las Artes la preside un suizo y más de un tercio de sus integrantes (370 en total) son extranjeros como yo».

Cincuenta y seis millones de euros e interminables debates sobre su financiación han sido necesarios para que la Academia de las Artes reabra aquí sus puertas después de casi un siglo de avatares históricos. Un enorme recinto acristalado, en cuesta, y salpicado de las ruinas de la Academia de principios de siglo nos recibe nada más entrar, mientras sobre nuestras cabezas pende un puente, que pese a ser de hormigón, cruza el cubículo de cristal como una flecha. Es el enlace entre la Plaza de París y el recién inaugurado monumento a las víctimas judías del Holocausto. Alberga uno de los archivos artísticos más importantes del país, una biblioteca con 540.000 volúmenes y fondos artísticos de más de 60.000 obras.

Junto a Brandeburgo

Nadie sospecharía a primera vista que tras esta armoniosa y elegante combinación de cristal, cemento, madera y escaleras colgantes de metal se esconde un pasado tan oscuro. Günter Behnisch, artífice del único edificio de cristal en las inmediaciones de la Puerta de Brandeburgo, entre el Hotel Adlon y el Dresdner Bank (obra de Frank O. Gehry) se ha mantenido fiel a la llamada «reconstrucción crítica».

Con el cristal quiso otorgar la misma transparencia a esta institución que su colega británico Norman Foster arrojó sobre el sistema parlamentario germano cuando colocó la cúpula de cristal sobre el Reichstag. Behnisch, que tiene en su haber el Estadio Olímpico de Múnich, respetó los fundamentos y las ruinas que quedaban del edificio original, prácticamente destruido en 1945.

Todavía exime su culpa aquella institución destinada a promover el espíritu crítico, y que acabó excluyendo a sus miembros más liberales, como los hermanos Thomas y Heinrich Mann, mientras que los judíos, como el pintor Max Liebermann, optaron por el exilio, adelantándose a las demandas de la plana nacionalsocialista. La falta de solidaridad o resistencia por parte de sus miembros llevó a la Academia a perder toda integridad moral durante largos años. Algo que su presidente no quiere que se vuelva a repetir: «El Estado no nos paga para que dancemos al son de los poderosos, sino para que participemos, si hace falta con el puño sobre la mesa, dando voz a la cultura». Quizá por ello acudió ayer la

plana política (incluidos el canciller, Gerhard Schröder, y el presidente, Horst Köhler) y se hizo un llamamiento a los franceses a votar sí en el referéndum a la Constitución Europea. También hubo representantes de siete academias alemanas y otras tantas francesas.

En la Academia de las Artes se reunía la elite cultural de la República de Weimar hasta que en 1937 fueron expoliados por el arquitecto Albert Speer y sus acólitos. Adolf Hitler se convirtió entonces en un asiduo visitante, que pasaba horas reunido con Speer, debatiendo sus delirantes planes para una revolución urbanística en la capital del Tercer Reich.

La 'convivencia'

Después del terror nazi, la división en dos Alemanias exigió también dos nuevas academias. La del Este se vio obligada a sacrificar parte de sus dependencias para un más macabro fin aún: servir de Franja de la Muerte. Entonces los cuarteles policiales del Muro lindaban con los despachos de los miembros de la Academia oriental, que, más o menos, comulgaban con el comunismo.

Pero también hubo contestarios, como demuestran las pinturas de artistas germano orientales que se atrevieron a expresarse en los sótanos de aquel edificio y que podrán verse desde el 27 de mayo, cuando definitivamente la Academia abra las puertas al público.